



PARA UNA NIÑA

¡Noche Buena!... Mira el cielo :
¡Qué horizontes tan azules !
El cristal de las estrellas
Inviolado y limpio luce.
¿ Ves, niña mía ? La nieve
Brilla y blanquea en las cumbres,
Y como cisnes que surcan
Claros linfas, van las nubes.
Abriste el balcón y esperas
Ver el milagro : que cruce
Por el aire transparente
La bandada de querubes.
Tu madre te ha dicho : llegan
Esta noche, no lo dudes ;
Los envía Dios cargados
De juguetes y de dulces.
Empínate, candorosa,
Y en el hondo espacio hunde,
Sedienta de maravillas,
Tu mirada. ¿ Ves las luces
De los cohetes ? Semejan
Chispas de invisibles yunques.

Pues bien : allí donde brotan
La alegría se difunde,
Y hay niños buenos que aguardan
La cita de los querubes.

Mas... ¿ qué viste, virgencita ?
¿ Qué me señalas que busque?...
Por la calle negra y sola,
Como una aparición fúnebre
Pasa un pilluelo, un mendigo :
No es fantasma, no te asustes.

¡ Arrapiezo ! ¿ qué voceas ?
Tal vez ninguno te escuche ;
¡ Arrapiezo, canta coplas
Que ya vienen los querubes
A dar á los niños buenos
Risas, juguetes y dulces !

Tú no eres bueno, muchacho,
Burbuja de podredumbre ;
¿ Pero qué sabe esta niña
Del arroyo en que te pudres ?
No tienes la culpa ; el vicio
Es tu sostén y tu empuje ;
Naciste en el fango, y eres
Flor sin matiz ni perfume.

Candorosa, ve á lo alto :
¡ Cuánta nieve hay en las cumbres !
¡ Cuánta estrella hay en los cielos !
¡ Cuánta blancura en las luces !
Siempre arriba, siempre arriba
La virgen mirada hunde ;
Arriba está lo que anhelas :

Ángeles, sueños y nubes.
 Ojalá, que así, tan pura,
 El sombrío mundo cruces,
 Que allá arriba están amores,
 Ideales y virtudes.

No mires la calle negra
 Que puede ser que te asustes;
 Y mientras alegre aguardas
 El cortejo de querubes
 Que ha de surcar el espacio
 En sus esquifes azules
 Cargados de luz, de lirios,
 De juguetes y de dulces,
 Yo, que llevo en las espaldas
 Mi fardo de pesadumbres,
 Yo, el desterrado del sueño,
 Sin fe, sin amor, sin numen,
 Pienso en muchas cosas tristes :
 En lo que odia, en lo que sufre...
 Pienso en los niños sin madre,
 Y en los hogares sin lumbre...



“ PUESTA DE SOL ”

Por la calle solitaria
 cuyo término confuso
 vagamente se deslíe
 en el oro del crepúsculo,
 silencioso y pensativo
 como siempre, voy sin rumbo
 enhebrando fantasías
 en el aire azul y puro.
 Tranquila está la barriada,
 los talleres están mudos,
 no se ven las chimeneas
 empenachadas de humo,
 y, á lo lejos, de las fábricas
 salen, alegres, los últimos
 obreros que se atropellan
 en caprichoso tumulto,
 y cuyas blusas azules
 borda el sol de hilos purpúreos.

Yo callado y pensativo
 como siempre, voy sin rumbo.

Mas, de pronto, me detengo,
 mis quimeras interrumpo
 y las vanas fantasías
 del pensamiento sacudo,
 para ver curiosamente
 á dos chicuelos : — un grupo
 adorable, que cabría
 en una canción de Hugo. —
 Él la llama, y ella acude,
 se hablan bajo, y así juntos,
 siéntanse en los escalones
 del portón, al pie del muro,
 y en una seriedad cómica,
 ella grave y él adusto,
 principia la confidencia
 más deliciosa del mundo.
 ¡ Oh viejo pintor de niños
 que andas en busca de asuntos !
 mira : la luz pone toques
 divinos á este conjunto.
 En el fondo, de sillares
 ensalitrados y húmedos,
 rojos y recién lavados
 por la lluvia, se ven puntos
 de tan diversos matices
 — vivos, opacos, oscuros —
 que en la rica policromía
 de tonos suaves y crudos,
 la pared arlequinesca
 que, á trechos, ornan los musgos,
 parece lienzo manchado
 traviesamente con grumos

de color. — Una parásita
 en los ladrillos desnudos
 hinca su ramaje como
 los tentáculos de un pulpo,
 y entre la maraña verde
 un juguétón rayo súbito
 en cada gota de lluvia
 prende un rubí diminuto.
 Y en la fantasmagoría
 de la luz, que hace del muro
 inconcebibles mosaicos
 y deslumbrantes estucos,
 los dos muchachos semejan,
 en medio de tanto lujo
 dos príncipes del oriente
 en espera de sus súbditos.

¡ Qué tocado de diamantes
 en el ceniciento rubio
 del cabello de la niña !
 ¡ Qué reluciente y qué fúlgido
 el toisón que arde en el pecho
 del rapaz ! ¡ y qué conjunto
 de áureas telas y tisúes
 sobre los harapos sucios !
 ¡ Oh buen sol, hábil joyero,
 sol de Abril, sol moribundo !
 ¡ Andrajosa reinécita
 que vistió la luz ; y cuyo
 corpiño de resplandores
 cubre el talle y ciñe el busto !
 ¡ Duquecito del arroyo,
 Buckingham que el cielo tuvo

á bien ataviar con sedas
y brocados del crepúsculo!
Tú, ¿qué cuentas? Tú, ¿qué oyes?
Tú, ¿la grave? Tú, ¿el adusto?...
Yo me acerco poco á poco
y curiosamente escucho.

La barriada está tranquila;
los talleres están mudos.

¡Bien, muchacho! — Fuiste al bosque
y corriste mucho, mucho,
y flores y mariposas
la traes... ¡lindo tributo!
Tu gorra de saltimbanco
— hecha una criba — es refugio
de caléndulas, de lirios,
y de rosas, donde, ocultos,
se agitan entre los pétalos
los cuerpecitos convulsos
de las pobres mariposas
heridas. Hundes los puños,
y narrando tus proezas,
alzas, con heroico orgullo,
tu presente de perfumes
y de alas... Y el tributo,
va cayendo, va cayendo,
del aire sereno y puro
á la falda de la niña
que oye con asombro mudo,
la historia de tu aventura,
mientras fijos en un punto,

miran cosas invisibles
sus ojos meditabundos.

Cuando mi presencia notan,
ella inquieta, y él ceñudo,
parecen decirme : — ¡vamos,
nos estorbas, vete, intruso!
Y yo me alejo sin pena
porque dejar solo es justo
á Buchingham de siete años
con Ana de Austria de un lustro.
Y pienso : Yo también tuve
aventuras, y di muchos
presentes de alas y flores,
y fui amado y tuve orgullo.
Dí ilusiones, esperanzas,
fe, ternuras, con el único
placer de posar los labios
en unos cabellos rubios.
Un coloquio de chiquillos
fué mi amor...

Y taciturno,
solitario y pensativo
como siempre, voy sin rumbo
por la calle silenciosa
cuyo término confuso
vagamente se deslía
en el oro del crepúsculo.

